

TERESA CAMESELLE

inesperado

NO TODO FUE MENTIRA 2



Terry busca esposo y quiere a alguien que sea todo lo que ella no es: formal, correcto, incluso tirando a aburrido. Eso sí, debe ser moderadamente atractivo y, puestos a pedir, también moderadamente rico. Pero todos sus planes se irán al traste cuando Devin Wallace se cruce en su vida. De entrada, Devin no parece cumplir con las exigencias de Terry, aunque su físico arrollador y su encanto lograrán que la joven se replantee todas sus expectativas. La atracción inicial dará paso a una relación muy especial, algo por completo insospechado para ambos. Sin embargo, el destino no tardará en poner a prueba su felicidad mediante una acusación que podría destruir las posibilidades de una vida en común.

Teresa Cameselle

Inesperado

No todo fue mentira 02

Teresa Cameselle, 2013.

Prólogo

Puerto España (isla de Santa Marta), 1864

Clive Wallace se detuvo ante la puerta que le habían indicado y llamó con los nudillos, mirando incómodo a su alrededor por si algún conocido se acercaba por la concurrida calle. Hacía una hermosa mañana en Puerto España, y los vecinos, antiguos y nuevos habitantes —descendientes de españoles, ingleses, negros y ahora también asiáticos, la última incorporación como mano de obra en las plantaciones—, paseaban por la ciudad o se apuraban en sus quehaceres matutinos.

—¿Señor...?

La mujer de mediana edad, vestida de riguroso luto, que había abierto la puerta observó al joven caballero dubitativa, pero no fue preciso que le diera su nombre. Clive sabía que era el vivo retrato de su padre, Henry Wallace, el dueño de aquella casa y, por lo tanto, su empleador.

—He venido a ver al muchacho.

—Pase.

Se apartó para hacerle sitio, al mismo tiempo que se llevaba un pañuelo a los ojos llorosos. Entre su fuerte acento español y las lágrimas, resultaba difícil entender sus palabras.

—¡Ay, señor!, el pobre no ha hablado con nadie y no ha dejado de llorar durante todo este tiempo. Ya hace una semana que enterramos a su pobre madre...

—Lo sé.

En realidad, Clive se había enterado aquella mañana. La amante de su padre, la mujer con la que pasaba más tiempo que con su propia esposa, había muerto la semana anterior tras sufrir unas intensas fiebres de las que no había logrado reponerse.

—El chico está en el patio trasero. Déjeme que le acompañe.

La mujer hizo un gesto hacia el fondo del oscuro pasillo, pero Clive, adelantándose, la detuvo.

—Iré solo. Gracias.

El patio era un cuadrado cercado por un seto abandonado. En el suelo de tierra enfangado por la lluvia de la noche apenas crecían unas tristes flores. Era como si a aquel lugar aún no hubiese llegado la primavera. El chico estaba sentado en un rincón. Llevaba la ropa tan sucia que no se distinguía su color bajo el barro que la impregnaba. Dos inquietos cachorros de raza indefinida que tenía sobre el regazo le cubrían el moreno rostro de lametazos.

—¿Devin? —preguntó, aunque, por supuesto, era él.

El muchacho levantó los ojos, unos ojos castaños, casi negros, con los párpados ligeramente rasgados, exactamente iguales a los de Clive.

—¿Quién eres? —inquirió de un modo descortés, desconfiado.

Clive intentó distinguir el resto de sus rasgos bajo la mugre que los cubría. Era moreno, muy moreno, y de cabello negro. De su padre sólo había heredado aquellos ojos inconfundibles.

—Soy tu hermano.

Entonces Clive le tendió una mano que el muchacho estuvo a punto de estrechar, pero se detuvo al comprender lo que acababa de oír.

—Yo no tengo hermanos —afirmó.

—Medio hermano —respondió el otro, que movió la palma ante su cara para obligarlo a aceptarla.

Al fin, el muchacho le asió la mano y permitió que le ayudara a ponerse en pie. Los dos perritos se quedaron en el suelo, saltando y gimiendo alrededor de sus piernas. «Tiene diez años menos que tú», le había dicho su padre. Por lo tanto, sólo tenía trece años, pese a ser tan alto como el propio Clive; sin embargo, se le veía lastimosamente delgado.

—¿Para qué has venido?

No tenía modales ni educación. Las palabras salían de su boca como si las mordiera y las escupiera.

—Para llevarte a casa.

—¿Qué casa?

—Nuestra casa. La plantación. Ahora vivirás allí.

—El señor Wallace nunca me dijo que pudiera ir a ese lugar.

De nuevo, la desconfianza, el rostro inclinado, los ojos inquisitivos.

—Mi padre... —Clive se interrumpió, forzando una sonrisa amistosa—. Nuestro padre —aclaró— está enfermo.

Vio sorpresa y preocupación en los ojos del chico. Acababa de perder a su madre y ahora él le anunciaba que su padre también estaba enfermo.

—No te asustes. El médico asegura que se repondrá.

—¿Es la misma enfermedad que...?

—Probablemente.

Lo era. Se trataba de las mismas fiebres que se habían llevado a su amante y que ahora Henry Wallace padecía como resultado de los días pasados ante el lecho de la enferma.

—Esta mañana se encontraba mucho mejor y me ha pedido que venga en su lugar. No va a dejarte aquí solo.

Los ojos del chico se humedecieron, y Clive supuso que empezaba a comprender la situación en la que se encontraba ahora que no tenía a su madre. Le dio unos instantes para reponerse.

—¿Qué haré allí? ¿Tendré que trabajar?

—Sí, Devin; tendrás que trabajar duramente.

No era un aviso vano. Clive estaba dispuesto a convertir a aquel animal salvaje en un Wallace; en un caballero culto, educado, correcto; en alguien de quien nadie pudiera burlarse por su origen. Era el único hermano que tenía, o medio hermano, el bastardo de su padre, y había tardado trece años en enterarse, pero pensaba recuperar todo aquel tiempo perdido.

Doce años después

—Clive Wallace —afirmó Aramintha Talbot, y su hermana Sophie, su prima Helen y la prima de esta última, Amelie, asintieron enérgicamente con la cabeza. Sophie incluso emitió un exagerado suspiro de emoción.

Las cuatro jóvenes eran las primeras amigas que Terry Demarest había hecho en su nuevo hogar y, como era costumbre en ella, no había perdido el tiempo y las había puesto al corriente de su intención de conocer a los solteros más interesantes de la comarca.

Hacía apenas unas semanas que había llegado, junto con su hermana y el esposo de ésta, a la isla de Santa Marta, y aún no conocía a los Wallace, aunque había oído a su cuñado hablar de ellos. El sitio en el que vivían, al sur de la pequeña isla, era una zona donde había importantes terratenientes dueños de extensas plantaciones de cacao y tabaco, que residían en sus grandes mansiones, rodeados de las tierras de labor, y cuya única vida social consistía en visitarse mutuamente, lo que, a juzgar por lo que había visto hasta ese momento, hacían muy a menudo y sin aviso previo.

«Clive Wallace», había dicho Aramintha Talbot, y Terry trató de recordar lo poco que había oído sobre él a lord Ashford. Sí, sin duda se había referido a ese caballero en términos amistosos. Lo consideraba un buen vecino y un amigo de confianza.

—¿Sólo un nombre? —preguntó, desconcertada.

—¡Oh!, podríamos darte infinidad de nombres —aseguró Amelie con una risita nerviosa—, pero nadie, nadie como Clive Wallace.

—Es el mejor partido —insistió Aramintha, acomodando con gesto coqueto sus pelirrojos rizos—, el más codiciado...

—Y el más difícil de conseguir —terminó Sophie.

—¿Y a qué es debido?

Terry bebió un sorbo de su vaso mientras estiraba las largas piernas bajo el vestido. Cuánto deseaba tener a mano un abanico. Aunque estaban sentadas a la sombra del porche bebiendo sus refrescos, la jovencita no acababa de acostumbrarse al calor de aquellas tierras, tan distinto a su Inglaterra natal.

—Sigue enamorado de Melissa Stuart, y eso a pesar de que ella lleva cinco años casada —la informó Helen, cuya voz se había convertido en un cuchicheo.

—¿Y por qué Melissa no se casó con él si es un partido tan apetecible? —inquirió Terry, a quien divertían enormemente todos aquellos cotilleos, y además la ayudaban a conocer mejor a sus nuevos vecinos.

—Su padre no lo permitió. Estaba enemistado con los Wallace por causa de unas tierras, y juró que sólo sobre su cadáver entregaría la mano de su hija a Clive. —Helen parecía saber toda la historia al dedillo, aunque las otras no le iban a la zaga y asentían a todas sus explicaciones—. Cuando el coronel Stuart pidió a Melissa en matrimonio, su padre prácticamente la obligó a casarse con él, a pesar de que el coronel tiene edad más que sobrada para ser el progenitor de su esposa.

—El malvado viejo se murió poco después de la boda de su hija —continuó Aramintha con gesto malicioso—. Supongo que estará en el infierno.

—Bueno, opino que Clive no debería pasar toda la vida suspirando por su Melissa. Alguien tendrá que hacerle entrar en razón —dijo Terry, que se recostó sobre el asiento y jugueteó con un largo bucle de su cabello negro, sonriendo pensativa.

—Quizá una cara nueva... —propuso Sophie, y todas rieron.

—Contadme cómo es Clive —les pidió Terry, cuyos ojos oscuros echaban chispas de excitación—. ¿Es joven y apuesto? ¿De qué color son sus ojos?

—Supongo que debe de tener la edad de lord Ashford.

Terry frunció ligeramente el ceño, contrariada. Con dieciocho años recién cumplidos, los treinta y tres de su cuñado le parecían una edad un tanto avanzada. Por otro lado, nunca había conocido a un hombre tan apuesto como el esposo de su hermana Jordan, así que decidió que la edad tampoco era tan importante. Por eso, animó a Aramintha a que continuara con su descripción.

—Tiene el cabello castaño y los ojos tan oscuros que parecen negros; son unos ojos muy especiales, rasgados. Es alto y delgado, pero fuerte.

—Una vez le vi detener un caballo que se había desbocado en el centro de Puerto España —contó Amelie—. Lo sujetó por las riendas hasta que se detuvo, y la muchacha que lo montaba...

—Cecily Johnson —añadió Aramintha, poniendo los ojos en blanco.

—Bueno, ella se desmayó por la impresión, y Clive tuvo que cogerla en sus brazos para que no cayera al suelo.

—Y en cuanto llegó a su casa, la boba de Cecily recuperó por completo el conocimiento y aprovechó para invitarlo a comer con ella y sus padres a fin de agradecerle sus atenciones.

La lengua afilada de Aramintha hacía lanzar exclamaciones de risa contenida a sus amigas.

—Con tantas mujeres persiguiéndolo, no me explico que aún no se haya casado —afirmó Terry riendo, lo que contagió de nuevo a sus compañeras.

Pero en realidad la mente de la joven ya estaba muy lejos, haciendo planes para conocer cuanto antes a Clive Wallace y ver si era el hombre que estaba buscando. Había decidido que ya tenía edad suficiente para casarse. A pesar de que adoraba a su hermana y de que su esposo no podía ser más atento y amable con ella, se sentía un poco sola y no podía evitar que ciertos celos la reconcomieran cuando los veía marcharse juntos hacia su dormitorio por las noches, o cuando los sorprendía besándose al entrar de repente en una habitación. Ella quería tener lo mismo que Jordan, un hombre que la adorase y le diera una casa e hijos de los que ocuparse, para no volver a sentirse sola nunca más en su vida.

Había sido una idea descabellada desde el principio, pero ¿por qué siempre se daba cuenta de sus errores demasiado tarde?

Vestida con las ropas robadas a un muchacho que se ocupaba de las caballerizas en la casa de su hermana, Terry se había introducido en los establos de la mansión de los

Wallace y se había ocultado entre las balas de paja, con la esperanza de ver al reticente Clive.

Llevaba dos semanas acudiendo a todas cuantas invitaciones recibía su hermana Jordan, paseándose por Puerto España, saliendo a montar alrededor de las tierras de aquel hombre, y había sido imposible echarle siquiera un vistazo desde lejos. Y Terry tenía que verlo, tenía que comprobar si era el pretendiente que estaba buscando, y quería hacerlo sin que él se diera cuenta, para contar con esa ventaja sobre Clive el día en que fueran presentados oficialmente.

—Toby, ¿estás ahí?

Un hombre había entrado en los establos. Desde su escondite, Terry apenas podía ver unas botas negras de montar y unos pantalones tan gastados que supuso que sería uno de los empleados.

El tipo caminaba directamente hacia ella. La había visto.

—¡Demonio de muchacho!, ¿por qué no contestas? ¿Es que te has quedado mudo de repente?

Terry agradeció la gorra de visera que llevaba calada hasta las cejas. Se acercó al desconocido con la cabeza inclinada, fijando la vista directamente en su pecho moreno, que asomaba por entre la camisa blanca desabrochada. Era muy, muy alto. Estaba acostumbrada a mirar a la mayoría de los hombres a los ojos, pero supo que tendría que doblar el cuello para mirar a ése a la cara.

—No encuentro mi cepillo, Toby. Si lo has cogido...

La amenaza no se quedó sólo en palabras. El desconocido sujetó a Terry del brazo —su mano era una tenaza

que se le clavó hasta el hueso—, al mismo tiempo que la zarandeaba como un saco vacío. Terry no pudo evitar un quejido, y entonces el hombre se detuvo de golpe.

—¿Quién diablos eres tú?

—No soy Toby —acertó a decir Terry con la voz ronca por el susto.

—Ya me he dado cuenta.

De un golpe, él le quitó la visera y ahogó una exclamación al ver la trenza de cabello negro que Terry llevaba sujeta con horquillas en la nuca.

—¿Qué haces? —dijo la joven, que tiró de su brazo intentando que la soltara; pero el hombre no lo hizo, y sólo emitió una risita divertida.

Terry levantó el rostro. Con su gesto más orgulloso, le miró a los ojos, y en ese momento sintió que las piernas le fallaban. Aquellos ojos casi negros, con los extremos rasgados como los de un felino, la impactaron de tal modo que la dejaron sin aliento.

«He metido la pata hasta el fondo», pensó. Clive Wallace la había descubierto en sus establos vestida de chico, y sólo Dios sabía lo que pensaba hacer con ella.

—¿Eres una de las hijas de Smythe? —preguntó él, al mismo tiempo que una sonrisa perezosa curvaba sus labios perfectos.

Lo observó con más atención. Era muy moreno; por su rostro, sus brazos y su pecho semidescubierto, se veía que pasaba mucho tiempo al aire libre. Y su cabello era tan